

I

HOMILÍA XXX DOMINGO ORDINARIO – 2014. CICLO “A”

AMARÁS AL SEÑOR Y AL PRÓJIMO

A.- LAS LECTURAS

* **Libro del Éxodo 22,20-26:** Si explotáis a viudas y huérfanos se encenderá mi ira contra vosotros. Dios misericordioso y compasivo defiende siempre al débil, al pobre...y es contrario a la injusticia, a la explotación del hombre por el hombre, al odio...

* **Salmo Responsorial 17.** Yo te amo, Señor. Tú eres mi fortaleza. Dios es la roca firme sobre la que podemos apoyarnos. Dios es el liberador de todo el que grita a Él pidiéndole ayuda y socorro.

* **Primera carta de San Pablo a los Tesalonicenses 1,5c-10.** Abandonasteis los ídolos para servir a Dios y vivir aguardando la vuelta gloriosa de su Hijo. En el camino de nuestra vida, rechazemos toda idolatría y renovemos y fortalezcamos nuestra fe en Dios para vivirla y comunicarla a los demás.

* **Evangelio según San Mateo 22,34-40.** Jesús enseña el mandamiento fundamental que abraza lo humano y lo divino, y es la síntesis del evangelio: amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo. El amor a Dios se muestra concretamente a través del amor al prójimo, sobre todo a los pobres, a los oprimidos, a los enfermos, a los desvalidos...

B.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

Pidamos al Señor que renueve en nuestros corazones la fe, la esperanza y la caridad. Recordamos estas palabras inmensas y gozosas de San Pablo: “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm.5,5).

1.- El amor a Dios

El primer mandamiento de la ley de Dios es claro y diáfano: “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con toda tu alma” y a Él solo servirás y darás culto.

Como Moisés en el monte y ante la zarza ardiendo, debemos descalzarnos de nuestros egoísmos, de nuestras maldades, de nuestros pecados, de nuestras malas inclinaciones, y así caminar al encuentro de Dios que viene a nosotros por puro amor y misericordia. Dios no nos olvida nunca. Recordemos con emoción y gratitud estas hermosas y entrañables palabras del profeta Isaías: “Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuada” (Is.49,16). Volvamos a Dios que nos conoce por nuestro nombre y nos lleva en su corazón. Oremos como el hermano C. de Foucauld: “Padre, necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con una infinita confianza, porque Tú eres mi Padre!”.

Es necesario volver nuestra mente y nuestro corazón, nuestra mirada y nuestra persona al Señor. “¡Volvamos a Dios!”. Isaías nos exhorta a salir de nosotros mismos y a ponernos en marcha hacia Dios: “buscad a Yahvé mientras se deja encontrar, llamadle mientras está cercano. Deje el malo su camino, el hombre inicuo sus pensamientos y vuélvase a Yahvé que tendrá compasión de él, a nuestro Dios, que será grande en perdonar” (55,6-7). Con la ayuda de la gracia divina convirtámonos al Señor que nos dice hoy a todos y a cada uno: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc.1,15). No esperemos más. Es hora de levantarnos y ponernos en camino hacia el Señor.

Digamos desde lo más hondo de nuestro corazón la plegaria del salmista: “Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo ¿cuándo entraré y veré el rostro de Dios?” (Salmo 42,3). No vayamos a saciar nuestra sed de infinito a las cisternas de aguas corrompidas que no apagan nuestra sed inmensa de felicidad. El profeta Isaías nos recuerda: “oh, todos los sedientos, id por agua, y los que no tenéis plata, venid, comprad de balde y comed, sin plata y sin pagar, vino y leche!” (55,1). “Sacaréis agua de las fuentes de la salvación”.

Retornemos a la fuente y al manantial de donde brota a raudales el agua que sacia la sed para siempre. El corazón de Cristo es el manantial de donde brota el agua verdadera que sacia nuestra sed para siempre. Él nos ha dicho: “Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que ciera en mí, como dice la Escritura: de su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir lo que creyeran en Él” (Jn.7,37-39).

Dejemos para siempre la idolatría

El amor auténtico y verdadero a Dios nos mueve con fuerza a amar a Dios y a alejarnos de los ídolos y a no servirlos ni adorarlos jamás. No adoremos nunca al becerro de oro ni al oro del becerro. No nos dejemos deslumbrar por el brillo del dinero ni nos dejemos seducir por las cosas de este mundo. Pensemos un poco en todo esto.

Dejemos atrás y para siempre los ídolos de este mundo -el dinero, el poder, la fama...- que ni salvan, ni liberan, ni sacian nuestra sed de felicidad para siempre. No les demos nuestro corazón.

No nos dejemos atrapar por la codicia ni la avaricia. Recordemos estas palabras del Papa Francisco:

* “La adoración del antiguo becerro de oro (cf. Ex. 32,1-35) ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin rostro y sin un objetivo verdaderamente humano” (EG 55).

* “El dinero debe servir y no gobernar! El Papa ama a todos, ricos y pobres, pero tiene la obligación, en nombre de Cristo, de recordar que los ricos deben ayudar a los pobres, respetarlos, promocionarlos. Os exhorto a la solidaridad desinteresada y a una vuelta de la economía y las finanzas a una ética a favor del ser humano” (EG 58).

2.- El amor al prójimo

El texto de la primera lectura de este domingo tomado del Libro del Éxodo nos habla del amor al prójimo. Y habla del prójimo no en términos teóricos, abstractos. El prójimo a quien debemos amar es el pobre, el huérfano, el enfermo, el excluido, el emigrante...El prójimo es todo aquel que tiene alguna necesidad y necesita ayuda para salir de su situación difícil, dolorosa, compleja...

“Si algunos dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso, pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano” (I Jn.4,20-21).

¿Qué debemos hacer ante estas personas necesitadas?

A.- Es necesario ver a las personas necesitadas, es decir, prestarles la atención adecuada.

* Recordemos lo que dice Dios: “Yo he visto la miseria de mi pueblo que reside en Egipto” (Ex.3,7).

* La Virgen Santísima proclama en su oración del Magnificat: “El Señor ha puesto sus ojos en su humilde servidora” (Lc.1,48).

* Jesús ha visto que la hija de Jairo resucitada tenía hambre (Mc.5,43).

* El mismo Jesús “miró y amó al joven rico” (Mc.10,2)

Miremos a nuestro prójimo. No pasemos de largo ante el prójimo necesitado. No demos un rodeo en el camino de nuestra vida para no encontrarnos con los pobres y necesitados, con los excluidos y descartados.

Miremos a nuestro prójimo no con altivez ni soberbia,
Miremos a nuestro prójimo sin arrogancia ni indiscreción..
Miremos a nuestro prójimo en lo esencial y en los detalles.
Miremos a nuestro prójimo con amor y respeto
Miremos a nuestro prójimo con entrañas de ternura y de misericordia.
Perdonemos siempre a nuestro prójimo si nos ha ofendido.

Recordemos las palabras de Jesús:

“Si alguien ve a su hermano en necesidad, y le cierra sus entrañas ¿cómo el amor de Dios puede permanecer en él?” (Jn.3,17).

Contemplemos a los heridos y empobrecidos desde Jesucristo crucificado..

B.- Es necesario escuchar el clamor de los pobres, de los enfermos

Pidamos a Dios que abra nuestros oídos para que podamos escuchar el grito y el clamor de los que sufren a causa de la guerra y de la violencia, del hambre y de la miseria, de la enfermedad y de las heridas, del abandono y de la exclusión.

Escuchemos con verdad el clamor de los ancianos, de los niños...

C.- ¿Cómo hemos de responder a este clamor y grito?

Curando las heridas del alma y del cuerpo con el bálsamo del amor, de la cercanía, de la ayuda.

Acompañar al enfermo, al sufriente, al que lo pasa mal...

Abriendo para ellos horizontes de esperanza en medio de su dolor.

Invitándolos a abrir el corazón a Dios en la oración, en la plegaria, en la confianza en Dios que es compasivo y misericordioso.

Compartiendo con ellos lo que tenemos...desde la solidaridad cristiana.

D.- Denunciar las injusticias, la violación de los derechos humanos, la violencia...

E.- Unos ruegos

Os invito a recordar y a vivir la parábola del Buen samaritano
Que la Iglesia sea una Iglesia samaritana
No dejemos a nadie herido en el camino de la vida...

Salgamos a las periferias existenciales y geográficas a encontrar a los hermanos más pobres y sufrientes, y llevémosles el anuncio de Jesucristo y la salvación cristiana, mostrémosles el amor y la misericordia de Dios a través de nuestras palabras, nuestros gestos...

Que Dios nos bendiga y nos guarde a todos en su amor.

C.- SIGAMOS CELEBRANDO LA EUCARISTÍA

La Santa Misa celebra el amor que el Padre nos ha manifestado y dado en y a través de su Hijo Jesucristo que nos amó hasta el extremo de dar su vida y morir en la cruz por todos nosotros.

Cristo ha anunciado a los pobres la buena nueva, a los cautivos la liberación y a los afligidos la alegría (PE 4).

La participación en la Eucaristía nos da fuerzas para que nuestro amor sea auténtico.

Pongamos amor en la sociedad para que el mundo sea menos duro y violento.

Terminamos. Unidos en la plegaria.

Cáceres. 21 de octubre de 2014.

Florentino Muñoz Muñoz

II

PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO

“En cada hermano y hermana en dificultad abrazamos la carne de Cristo que sufre. Hoy, en este lugar de lucha contra la dependencia química, quiera abrazar a cada uno y cada una de ustedes que son la carne de Cristo y pedir que Dios colme de sentido y firme esperanza su camino, y también el mío.

Abrazar, abrazar. Todos hemos de aprender a abrazar a los necesitados como San Francisco (...) Sin embargo, lo que prevalece con frecuencia en nuestra sociedad es el egoísmo...

Pero abrazar no es suficiente. Tendamos la mano a quien se encuentra en dificultad, al que ha caído en el abismo de la dependencia, tal vez sin saber cómo, y decirle: “Puedes levantarte, puedes remontar; te costará, pero puedes conseguirlo si de verdad lo quieres”.

No se dejen robar la esperanza. No se dejen robar la esperanza. Pero también quiero decir: No robemos la esperanza, más aún, hagámonos todos portadores de esperanza.

El servicio es valioso; háganlo siempre con amor; es un servicio que se hace a Cristo, presente en el prójimo: “Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mt.25,40), nos dice Jesús.

Vuelvan los ojos a Jesús en los momentos más duros y les dará consuelo y esperanza. Y confíen también en el amor materno de María, su madre. Donde hay una cruz que llevar, allí está ella, nuestra Madre, a nuestro lado. Los dejo en sus manos...

(Viaje apostólico a Río de Janeiro. Discurso en el Hospital San Francisco de Asís de la Providencia. 24 de julio de 2013).

Homilía del Santo Padre en la misa en ocasión de la clausura de la Asamblea Extraordinaria del Sínodo del Obispo con el rito de la beatificación del papa Pablo VI

CIUDAD DEL VATICANO, 19 de octubre de 2014 (Zenit.org) -

Publicamos a continuación la homilía del Santo Padre

“Acabamos de escuchar una de las frases más famosas de todo el Evangelio: «Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

Jesús responde con esta frase irónica y genial a la provocación de los fariseos que, por decirlo de alguna manera, querían hacerle el examen de religión y ponerlo a prueba. Es una respuesta inmediata que el Señor da a todos aquellos que tienen problemas de conciencia, sobre todo cuando están en juego su conveniencia, sus riquezas, su prestigio, su poder y su fama. Y esto ha sucedido siempre.

Evidentemente, Jesús pone el acento en la segunda parte de la frase: «Y [dar] a Dios lo que es de Dios». Lo cual quiere decir reconocer y creer firmemente –frente a cualquier tipo de poder- que sólo Dios es el Señor del hombre, y no hay ningún otro. Ésta es la novedad perenne que hemos de redescubrir cada día, superando el temor que a menudo nos atenaza ante las sorpresas de Dios.

¡Él no tiene miedo de las novedades! Por eso, continuamente nos sorprende, mostrándonos y llevándonos por caminos imprevistos. Nos renueva, es decir, nos hace siempre “nuevos”. Un cristiano que vive el Evangelio es “la novedad de Dios” en la Iglesia y en el mundo. Y a Dios le gusta mucho esta “novedad”.

«Dar a Dios lo que es de Dios» significa estar dispuesto a hacer su voluntad y dedicarle nuestra vida y colaborar con su Reino de misericordia, de amor y de paz.

En eso reside nuestra verdadera fuerza, la levadura que fermenta y la sal que da sabor a todo esfuerzo humano contra el pesimismo generalizado que nos ofrece el mundo. En eso reside nuestra esperanza, porque la esperanza en Dios no es una huida de la realidad, no es un alibi: es ponerse manos a la obra para devolver a Dios lo que le pertenece. Por eso, el

cristiano mira a la realidad futura, a la realidad de Dios, para vivir plenamente la vida –con los pies bien puestos en la tierra– y responder, con valentía, a los incesantes retos nuevos.

Lo hemos visto en estos días durante el Sínodo extraordinario de los Obispos –“sínodo” quiere decir “caminar juntos”–. Y, de hecho, pastores y laicos de todas las partes del mundo han traído aquí a Roma la voz de sus Iglesias particulares para ayudar a las familias de hoy a seguir el camino del Evangelio, con la mirada fija en Jesús. Ha sido una gran experiencia, en la que hemos vivido la sinodalidad y la colegialidad, y hemos sentido la fuerza del Espíritu Santo que guía y renueva sin cesar a la Iglesia, llamada, con premura, a hacerse cargo de las heridas abiertas y a devolver la esperanza a tantas personas que la han perdido.

Por el don de este Sínodo y por el espíritu constructivo con que todos han colaborado, con el Apóstol Pablo, «damos gracias a Dios por todos ustedes y los tenemos presentes en nuestras oraciones». Y que el Espíritu Santo que, en estos días intensos, nos ha concedido trabajar generosamente con verdadera libertad y humilde creatividad, acompañe ahora, en las Iglesias de toda la tierra, el camino de preparación del Sínodo Ordinario de los Obispos del próximo mes de octubre de 2015. Hemos sembrado y seguiremos sembrando con paciencia y perseverancia, con la certeza de que es el Señor quien da el crecimiento.

En este día de la beatificación del Papa Pablo VI, me vienen a la mente las palabras con que instituyó el Sínodo de los Obispos: «Después de haber observado atentamente los signos de los tiempos, nos esforzamos por adaptar los métodos de apostolado a las múltiples necesidades de nuestro tiempo y a las nuevas condiciones de la sociedad» (Carta ap. Motu proprio Apostolica sollicitudo).

Contemplando a este gran Papa, a este cristiano comprometido, a este apóstol incansable, ante Dios hoy no podemos más que decir una palabra tan sencilla como sincera e importante: Gracias. Gracias a nuestro querido y amado Papa Pablo VI. Gracias por tu humilde y profético testimonio de amor a Cristo y a su Iglesia.

El que fuera gran timonel del Concilio, al día siguiente de su clausura, anotaba en su diario personal: «Quizás el Señor me ha llamado y me ha puesto en este servicio no tanto porque yo tenga algunas aptitudes, o para que gobierne y salve la Iglesia de sus dificultades actuales, sino para que sufra algo por la Iglesia, y quede claro que Él, y no otros, es quien la guía y

la salva». En esta humildad resplandece la grandeza del Beato Pablo VI que, en el momento en que estaba surgiendo una sociedad secularizada y hostil, supo conducir con sabiduría y con visión de futuro –y quizás en solitario– el timón de la barca de Pedro sin perder nunca la alegría y la fe en el Señor.

Pablo VI supo de verdad dar a Dios lo que es de Dios dedicando toda su vida a la «sagrada, solemne y grave tarea de continuar en el tiempo y extender en la tierra la misión de Cristo», amando a la Iglesia y guiando a la Iglesia para que sea «al mismo tiempo madre amorosa de todos los hombres y dispensadora de salvación».

III

EN TORNO AL SÍNODO DIOCESANO

EL ICONO DEL SÍNODO DIOCESANO - II

3.- La Stma. Virgen María

El Icono de nuestro XIV Sínodo Diocesano contiene también una Imagen de la Virgen María. Nos ha llenado de gran alegría encontrarla en él. La amamos y veneramos.

*** María es la Madre del Verbo encarnado.** Ella acogió la palabra del ángel: “he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra”. María concibió al Verbo en sus entrañas purísimas por obra y gracia del Espíritu Santo que la cubrió con su sombra.

*** María es “figura de la Iglesia** en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo” (LG 63).

Volvamos nuestra mirada creyente, filial y confiada a nuestra Madre para que ella nos ayude a crecer en la fe, en la caridad y en la unión con Jesucristo.

*** María es “Madre de la Iglesia”** (Beato Pablo VI), es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título”.

Volvamos nuestro corazón y nuestra mirada a la Stma. Virgen María. Ella es nuestra madre que nos acoge y nos ampara, nos protege e intercede por nosotros ante su divino Hijo.

*** María es “estrella de la nueva evangelización”.** Como María llevó a su Hijo a casa de Isabel, también nosotros debemos imitar a la Stma. Virgen María en la tarea evangelizadora.

Santa María,

- Protégenos y guárdanos siempre.
- No nos dejes nunca solos en el camino de nuestra vida...
- Ruega por nosotros al Señor ahora y en la hora de nuestra muerte
- Llévanos contigo al cielo para siempre

Florentino Muñoz Muñoz